

MISION URGENTE

por

ARNOLDO CANCLINI

DRAMA MISIONERO
EN CUATRO ACTOS

sobre la obra y espíritu de David Brainerd

165

Este libro es propiedad
de la: B. P.

El bibliotecario



MISION URGENTE

por

ARNOLDO CANCLINI

★

Drama misionero en cuatro actos sobre la obra y espíritu de David Brainerd

★



JUNTA BAUTISTA DE PUBLICACIONES

Rivadavia 3476, Buenos Aires, Argentina

Queda hecho el depósito
que marca la ley.

IMPRESO EN ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINA

PERSONAJES:

De raza blanca:

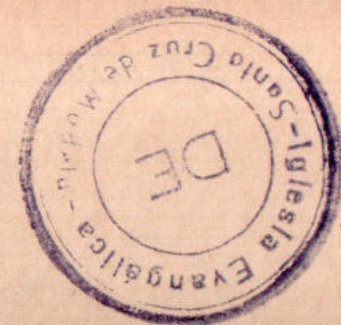
1. DAVID BRAINERD, famoso misionero entre los pieles rojas en el siglo XVIII; 29 años. (Actos I, II, III y IV).
2. JONATÁN EDWARDS, amigo de Brainerd y famoso predicador y teólogo, jefe espiritual del "Gran avivamiento" del siglo XVIII; 44 años. (Actos II y IV).
3. JERUSHA EDWARDS, hija del anterior y novia de David Brainerd; 18 años. (Actos II y IV).
4. JUAN BRAINERD, hermano de David y continuador de su obra; alrededor d. 27 años. (Acto IV).
5. VIAJERO 1, comerciante. (Acto I).
6. VIAJERO 2, idem. (Acto I).
7. POSADERA. (Acto I).
8. SR. BELLOW, viajero cristiano. (Acto I).
9. SRA. BELLOW, su esposa. (Acto I).

De raza india:

10. MOISÉS TAUTAMY, intérprete de Brainerd; 35 años. (Actos II y III).
11. SU ESPOSA. (Acto II).
12. BRUJO. (Acto III).
13. ANCIANO. (Acto III).
14. JOVENCITA. (Acto III).
15. INDIA ADULTA. (Acto III).

★

La escena en las colonias inglesas de Norte América en los años 1746 y 1747. El primer acto, en una posada; el segundo y el cuarto en la casa de Edwards, y el tercero en la choza de Brainerd entre los indios.



PROLOGO

DAVID BRAINERD fué un extraordinario hombre de Dios que vivió en lo que serían pocas décadas después los Estados Unidos, entre los años 1718 y 1747. Su corta vida —menos de treinta años— no puede ser la medida de lo que la misma ha significado. Lleno de la potencia del Espíritu logró un verdadero avivamiento entre los pieles rojas y dejó del mismo un relato, en sus informes y su diario particular, que se ha transformado en uno de los documentos clásicos del cristianismo evangélico. De ese diario dijo Juan Wesley que nadie debería dejar de leerlo y fué ese diario lo que impulsó a las misiones a hombres como Guillermo Carey y Enrique Martyn. Una selección abundante del mismo verá la luz en castellano dentro de no mucho.

Amigo y compañero suyo fué Jonatán Edwards, otro gigante de la fe, cuyo sermón "Pecadores perdidos en las manos de un Dios airado" fué el comienzo de lo que se conoció como "Gran avivamiento", que sacudió las colonias americanas al mismo tiempo que el movimiento wesleyano en Inglaterra.

Algo del espíritu de aquellos hermanos mayores de nuestra fe es lo que hemos querido reflejar en estas páginas, confiando en que la juventud sienta que predicar el Evangelio es realmente una "misión urgente" que Dios le ha confiado.

—EL AUTOR.

MISION URGENTE

ACTO PRIMERO

La escena representa una posada en el camino en Nueva Inglaterra, norte de Estados Unidos, en el tiempo de la colonia; en el año 1746. Hay tres o cuatro mesitas con un par de sillas cada una distribuida en distintas partes del escenario. Al fondo una ventana que muestra un bosque algo lejano. A los costados, una puerta a la izquierda que se presume que da al camino y a la derecha otra que se supone da al interior. Por ese lado se oye antes de levantarse el telón a la Posadera que canta algo alegre. Se oyen también las voces de dos hombres que llegan hablando en alta voz, muy divertidos y que entran a la escena. Cuando se levanta el telón, se están sentando a la mesita más a la izquierda.

VIAJERO 1.—Bueno, suerte sobre suerte; parece que hemos encontrado una buena posada.

VIAJERO 2.—Sí, y tenemos que tomar buena cuenta para cuando volvamos a vender más bebida a estos indios tontos.

Se ríen ambos

VIAJERO 1.—(muy divertido). Vamos a ver, contéstame algo importante: ¿Qué crees tú? ¿Ellos son muy tontos o tú y yo somos muy vivos? (se ríen).

VIAJERO 2.—Bueno, bueno, a ti no te conviene que hagamos el estudio (le da una palmada), pero a los dos sí nos conviene echarnos un trago...

VIAJERO 1.—Así es. Un buen trago siempre sirve para festejar cualquier cosa y para dar un poquito de fuerza.

VIAJERO 2.—Pero es que aquí no se ve a nadie. Me pareció oír cantar a una mujer cuando llegábamos...

VIAJERO 1.—Sí, a mí también, pero luego la voz se fué hacia más adentro. Debe ser la posadera (y entre nosotros, me han dicho que no es fea) que se ha ido a arreglar los cuartos...

VIAJERO 2.—(golpeando la mesa con la palma de la mano). ¡Posadera! ¡Posadera!

POSADERA.—(adentro, algo lejos). ¡Voy, señores!

VIAJERO 2.—Yo te lo dije: no hay quien se resista a mi voz; ni indios ni posaderas.

Entra la posadera

POSADERA.—Buenos días, caballeros, y bienvenidos a esta casa.

VIAJERO 2.—Para que seamos bienvenidos, necesitamos una copa de algo, buena mujer.

POSADERA.—Les traeré en seguida cualquier cosa. Disculpenme que no veía: les había confundido las voces con la de unos señores que tengo alojados desde hace unos días.

VIAJERO 1.—No se aflija. Una dama como usted no necesita pedir disculpas. Perdón, pero ¿está su marido?

POSADERA.—No, señor, ha ido hasta el pueblo cercano a comprar provisiones.

VIAJERO 2.—Bueno, basta de conversación, y vamos a lo importante. Traíganos un par de buenas botellas.

POSADERA.—Tengo algo muy bueno, que les gustará. Voy por ello.

Sale. Los dos viajeros la siguen con los ojos

VIAJERO 1.—¡Tonto! Yo le pregunté si estaba el marido por saber si es casada o soltera.

VIAJERO 2.—Después de todo, algo de viveza no te falta, por lo visto.

Mientras conversan, entra por la derecha David Brainerd. Tiene expresión de poca salud y camina algo lentamente. Lleva una Biblia de cuero en la mano. Al entrar se detiene y mira alrededor antes de saludar.

BRAINERD.—Buenos días, caballeros.

VIAJEROS 1 y 2.—(con un movimiento de cabeza). Buenos días.

Brainerd se sienta a la mesita más a la derecha, como cuidándose poco de ellos. Estos le miran, mientras él se pone una mano sobre el rostro con actitud entre cansado y meditabundo. Luego abre la Biblia y apoyando un codo en la mesa comienza a leer en silencio, moviendo los labios. Los viajeros se miran entre sí y luego se reubican para continuar la conversación.

VIAJERO 2.—Lo mejor de todo fué cuando le diste a probar el aguardiente al viejo brujo. Casi me muero de la risa cuando empezó a gritar: “¡Mal espíritu, mal espíritu!”.

VIAJERO 1.—¡Pero bien que estiró la mano pidiendo más en seguida! (se ríen).

Mientras habla, entra la Posadera

POSADERA.—Buenos días, señor Brainerd. Me pareció que lo oí levantarse hace un par de horas, pero como no lo he visto antes... ¿Cómo se encuentra hoy?

BRAINERD.—Buen día, señora. Estoy algo más fuerte, gracias. Es cierto: me levanté hace un par de horas, pero estuve meditando en el bosque...

POSADERA.—Perdón, señor. Los caballeros me esperan. (Va hasta donde están los dos viajeros). Aquí tienen su botella y sus vasos, señores.

VIAJERO 2.—Bien, buena mujer, deje nomás que de esto nos ocupamos muy bien nosotros.

POSADERA.—Con permiso, señores. (Va donde está Brainerd leyendo). ¿Qué le traigo, señor?

BRAINERD.—Es mejor que por ahora tome sólo un poco de leche.

POSADERA.—Como usted indique, señor.

Sale. Los dos viajeros se sirven la bebida, que puede ser simulada con café negro o algún refresco de color oscuro.

VIAJERO 1.—Podrías haber convidado a la posadera... Hay que celebrar el triunfo con alguno.

VIAJERO 2.—¡Déjate de posaderas, hombre! Si quieres, podemos convidar al caballero. (El otro asiente con la cabeza y entonces se dirige a Brainerd). Perdón, caballero, ¿no quiere acompañarnos en la alegría?

BRAINERD.—Muy agradecido señor, pero creo que no. Aunque, perdón, ¿se puede saber qué festejan tan felices?

VIAJERO 2.—Venimos del río Susquehannah donde hemos vendido unos buenos barriles de aguardiente a los indios...

VIAJERO 1.—Y así tenemos para tomar también nosotros unos tragos...

Mientras habla, entran por la izquierda el Sr. Bellow y su esposa

BELLOW Y SRA.—Buenos días, señores

BRAINERD Y LOS VIAJEROS.—(*poniéndose de pie*): Buenos días, señora. Buenos días, caballero.

La señora hace un gesto y los tres se sientan. Los recién llegados se ubican en una mesa en el centro más bien cerca de Brainerd, quien les dice:

BRAINERD.—La posadera vendrá de un momento a otro. No necesitan ustedes llamarla.

SRA. BELLOW.—Gracias, caballero. (*a su esposo*): ¿Quieres buscar mi chal grueso? Creo que me ha dado un poco de frío.

BELLOW.—Voy en seguida.

Se levanta y sale. Mientras los demás conversan vuelve con una valija y la abre buscando el chal que finalmente encuentra y le alcanza; ella se lo pone.

BRAINERD.—(*a los viajeros*). Volviendo a lo nuestro, caballeros, les debo decir que tenía la impresión de que realmente no podía aceptar tan amable invitación.

VIAJERO 1.—¿Por su salud, quizá?

BRAINERD.—Eso es secundario. Tengo muy poca, pero Dios me mantiene (*los viajeros se miran entre sí*). Pero me imagino que ustedes no saben quién soy —no tienen por qué saberlo— porque si no, no me hubieran invitado a festejar ese negocio...

VIAJERO 2.—¿Podemos saber con quién tenemos el placer?...

BRAINERD.—Soy David Brainerd, misionero y casualmente voy a predicar a los indios del Susquehannah. (*Se hace una pausa incómoda*). Como ustedes comprenden, no me puedo

sentir muy feliz de que hayan vendido ese veneno a los pobres salvajes.

VIAJERO 1.—Pero es que ése es nuestro negocio...

BRAINERD.—Eso no lo niego, pero les niego que sea un negocio lícito. ¿Han pensado ustedes alguna vez en que deberían rendir cuentas de eso a Dios?

Entra la posadera con la leche para Brainerd

POSADERA.—Su leche, señor Brainerd (*a Bellow y señora*): Buenos días, señores (*éstos responden*). ¿Les traigo algo?

BELLOW.—Gracias, señora. Hemos comido antes de salir de casa. Tenemos que pasar la noche aquí porque sólo mañana nos esperan en nuestro destino...

POSADERA.—Casualmente tengo una buena habitación... ¿Es su valija? Permítame que se la lleve. Luego vuelvo a indicarle la pieza.

Sale llevando la valija

VIAJERO 2.—Usted me perdonará, señor, pero yo no creo en Dios...

BRAINERD.—Me lo imaginaba... aunque eso no significa que Dios no exista.

VIAJERO 2.—(*sin prestar atención a lo dicho por Brainerd*). Y usted imaginará que entonces no me parece mal vender un poco de aguardiente a los indios para alegrarles la vida... y con su perdón le diré también que me parece que su misión no tiene mucha razón de ser.

VIAJERO 1.—¿Por qué no dejan tranquilos a los indios con esas ideas? Hace siglos que están así y ahora ustedes los misioneros les están trastornando la cabeza con nuevos problemas.

BRAINERD.—Perdone usted ahora mi sinceridad, pero creo que su problema no es tanto el de los trastornos de los indios, sino el que se provoca en los negocios de ustedes...

¿Me equivoco si presumo que son ustedes los comerciantes que mis indios rechazaron en Kaunaumceek?

VIAJERO 2.—¿De modo que fué usted el culpable?... Pero esta vez la ganamos nosotros.

BRAINERD.—Sí, es verdad, los indios del Susquehannah son muy duros de corazón, pero Dios puede obrar aun en ellos...

Vuelve a entrar la posadera

BELLOW.—Disculpe, señora, ¿no tendrá usted un mapa de la región? No sé bien qué camino debemos tomar mañana...

POSADERA.—¡Ay, señor! Casualmente el único que teníamos se lo llevó un señor que iba a Nueva Jersey hace unos días.

BRAINERD.—(a Bellow): Si me permite, yo tengo uno y podría facilitárselo un momento.

BELLOW.—Si fuera usted tan amable...

BRAINERD.—Bien, voy a buscárselo. Con permiso, caballeros; vuelvo en un minuto.

VIAJERO 1.—Vaya usted nomás.

Brainerd sale por la derecha

VIAJERO 2.—Vámonos. Este individuo me ha echado a perder el vino.

VIAJERO 1.—Sí, mejor vamos a otra parte.

VIAJERO 2.—(a la posadera). Mujer, le recomiendo que ponga un cartel: "No se admiten santulones". Lo único que hacen es espantar parroquianos.

VIAJERO 1.—(que ha estado revisando su bolsa, mientras deja unas monedas sobre la mesa). Aquí está lo que debemos.

Toman sus sombreros y saludan

VIAJERO 1.—Buenos días, señores.

VIAJERO 2.—Tengan ustedes un buen viaje.

BELLOW y SRA.—Igualmente.

En el mismo momento que salen por la derecha, entra Brainerd por la izquierda con el mapa.

BRAINERD.—(al mismo tiempo que arrima una silla a la mesa de los Bellow). Parece que se han ido nuestros amigos.

BELLOW.—Después de todo estamos más tranquilos sin ellos.

SRA. BELLOW.—Esa gente pronto se pone borracha y falta el respeto a los demás.

POSADERA.—Con permiso, señores, ¿no necesitan nada, verdad?

BELLOW.—No, gracias; atienda usted sus cosas.

Sale la posadera

BRAINERD.—Bien, aquí está el mapa.

BELLOW.—Disculpe usted, señor Brainerd, pero creo que nosotros le conocemos. ¿No fué usted quien predicó en el mes de abril pasado en la iglesia del pastor Jonatán Edwards?

BRAINERD.—Sí, sí, fué para esa época que estuve en lo de mi gran amigo Jonatán. ¿De modo que ustedes son creyentes?

SRA. BELLOW.—Así es, señor Brainerd, y nos alegramos mucho de encontrar a un hombre santo como usted.

BRAINERD.—No diga eso, señora; ya ve usted qué pecador soy que ni siquiera supe ser amable con esos hombres. Quizá si les hubiera hablado de otro modo el Señor habría abierto la puerta de sus corazones...

BELLOW.—No dudo del poder de Dios, pero hay casos que me parecen imposibles...

BRAINERD.—Si usted hubiera visto lo que eran los indios de Kaunaumceek antes que el Espíritu de Dios se derramara sobre ellos...

SRA. BELLOW.—Perdóneme, señor Brainerd. Yo no dudo que usted tiene una misión santa, pero ¿no le parece que hay aún más necesidad de predicar a ingleses como éstos de hace un momento?

BELLOW.—Hemos hablado de eso cuando usted predicó en nuestra iglesia. ¿Acaso Dios no tendrá piedad de los indios paganos? En cambio, estos hombres son tan pecadores...

BRAINERD.—Como ustedes supondrán, hermanos, no estoy de acuerdo. Y si he de decirles la verdad, no sólo creo que estoy en una misión santa, sino también en una misión urgente: hay almas que se pierden y que yo debo llevar al Salvador.

SRA. BELLOW.—(*dubitativamente*). Pero los ingleses también se pierden.

BRAINERD.—Sí, y también es urgente, muy urgente predicarles, porque por conocer más del Evangelio, tienen menos excusa. Pero ya hay quien lo hace para ellos. Piensen ustedes en el glorioso ministerio del pastor Edwards...

SRA. BELLOW.—Realmente, ¡qué pastor maravilloso nos ha dado el Señor!

BELLOW.—Está conmoviendo toda esta región con su predicación; las almas se convierten por centenares...

BRAINERD.—Dios dió en la antigüedad el ministerio de los judíos a Pedro y el de los gentiles a Pablo; hoy ha dado el ministerio de los ingleses a mi amigo Edwards y a mí el de los pobres indios paganos... ¿Han visto ustedes alguna vez una fiesta de los indios?

BELLOW.—Nunca hemos estado entre ellos.

BRAINERD.—(*casi como hablando solo*). ¿No les han visto golpeando sus tambores, emborrachándose, saltando y bailando y haciendo mil y un pecados horrendos? (*Bellow y señora niegan con la cabeza*). ¡Ah, si los hubieran visto sería distinto! Entonces comprenderían la urgencia, la trágica urgencia de mi misión de rescatar a esas almas...

SRA. BELLOW.—Usted nos hace pensar, señor Brainerd.

BRAINERD.—Yo antes pensaba como usted y como muchos de mis amados hermanos. Pero un día yendo por un bosque solitario, mientras meditaba en lo que Dios había hecho por mí, sentí algo que me inspiró a mirar hacia arriba (*se levanta lentamente mientras habla y mira más bien hacia arriba*) y sentí el clamor de los paganos. Yo me sentía indigno. ¡Cómo un pecador perverso como yo tendría tan enorme misión! Pero Dios insistía e insistía y El venció. Su voz parecía decirme: "Es urgente, muy urgente. Es una misión urgente la que te encomiendo. No esperes más". Y yo salí, hermanos míos, salí a cumplir mi misión. Tengo poca salud, pero ello me hace apresurar más aún. Los indios se pierden y yo debo predicarles el mensaje de salvación antes que sea tarde. ¡Ah, si todos lo sintieran así!

Mientras habla cae lentamente el

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La escena en la casa de Jonatán Edwards, el gran predicador. Se ven algunos muebles sencillos de estilo. En el centro al fondo una mesita con flores. Un par de sillones o sillas hamacas. Algunas otras sillas. Cuadros y textos en las paredes. Una puerta que se presume hacia afuera del lado izquierdo y otra que se presume hacia el interior del lado derecho.

Al levantarse el telón, Edwards está escribiendo en la mesita, rodeado de algunos libros; de vez en cuando moja la pluma de ganso en el tintero. En un sillón, del lado derecho, su hija Jerusha, jovencita de diecisiete años, borda mientras canturrea algún himno del tipo de los de Carlos Wesley. Al comenzar la escena, Jerusha se levanta y se dirige hacia la ventana que da hacia afuera, o en su defecto hacia la puerta, y al par que mira, pregunta a su padre:

JERUSHA.—¿Qué está escribiendo, papá? Veo que le da mucho trabajo.

Se queda mirando hacia afuera aunque da la espalda a su padre

EDWARDS.—Estoy planeando un tratado sobre la unidad en

tre los cristianos. Creo que hace mucha falta; es una de las razones por las que no vemos el avivamiento ansiado.

JERUSHA.—(distraída). Sí, papá.

EDWARDS.—(deja el trabajo, se da vuelta y mira a su hija unos segundos; luego la llama). Jerusha...

JERUSHA.—Papá...

EDWARDS.—Hija mía, ¿qué estás mirando hacia afuera?

JERUSHA.—Usted me había dicho que hoy vendrían a almorzar de paso al sur el señor Brainerd con su intérprete indio y la esposa y me preocupa que no lleguen.

EDWARDS.—¿Por el almuerzo, Jerusha?

JERUSHA.—Sí, claro, ¿por qué?

EDWARDS.—Jerusha, ven aquí y háblame a la cara...

Jerusha se acerca a la mesa y se pone frente a su padre, de pie; él permanece sentado.

JERUSHA.—¿Qué pasa, papá?

EDWARDS.—Hijita, la vez pasada cuando vino mi amigo Brainerd también te preocupó el almuerzo más que nunca... (Jerusha baja la cabeza); y eso me resultó sospechoso (con ironía amable. Pausa). No te avergüences, querida. Tu padre es un hombre hecho y sabe que el corazón a veces, bueno, a veces se apura un poquito. (le toma las manos; ella permanece con la cabeza gacha). Además, David es el mejor joven que conozco; no hay ningún cristiano como él...

JERUSHA.—Gracias, papá.

EDWARDS.—...y pensar que él ha elegido a mi hija es para mí un privilegio enorme. Quiere decir que él ha visto en mi hogar no sólo el hogar de un amigo, sino también el modelo de hogar que él quiere formar. Que Dios los bendiga, Jerusha...

Se oye afuera ruido de caballos o en su defecto de pasos y voces

JERUSHA.—Allí llegan, papá, allí llegan; perdóneme...

Antes que Edwards diga nada, Jerusha ha corrido afuera; Edwards se queda meneando la cabeza; se oye correr un poco a Jerusha y luego que se acerca con varias personas, mientras su padre dice:

EDWARDS.—Algún día tenía que ser...

Se para lentamente en el momento en que entra Jerusha seguida por Brainerd; un paso más atrás se acercan Tautamy, el intérprete indio y su esposa, ambos vestidos a la usanza piel roja.

EDWARDS.—¡David!

BRAINERD.—¡Amigo mío! (se abrazan).

EDWARDS.—Veo que has venido bien acompañado.

BRAINERD.—Sí, éstas son las primicias del trabajo que el Señor está bendiciendo tan grandemente. Acérquense, amigos. Mi amigo, el pastor Edwards; mi intérprete y su esposa, fieles creyentes y siervos en Cristo...

Se dan la mano

EDWARDS.—Siéntense todos, que conversaremos un poco, mientras Jerusha nos prepara la comida, que no deja de ser algo de importancia. (ocupa un sillón).

BRAINERD.—(mientras ocupa el otro sillón). La verdad es que los viajes cada vez me quitan más las ganas de comer...

EDWARDS.—...Pero siendo preparado por Jerusha...

BRAINERD.—Veo que ya lo sabe. Me alegro.

EDWARDS.—Puedes estar seguro que yo también...

JERUSHA.—(nerviosa, interrumpiendo). Este... perdonen, pero voy a la cocina.

EDWARDS.—Anda, hija, anda.

Jerusha sale después de una mirada de inteligencia con Brainerd, mientras Edwards señala las sillas a los indios, que se sientan.

BRAINERD.—Pues bien, volvemos otra vez a Nueva Jersey.

EDWARDS.—David, perdona que empiece por eso, pero cuando dijiste que te falta el apetito, te miré mejor y te noto pálido...

BRAINERD.—Es posible; hay más de uno que me lo dice, pero no creo que sea nada serio (*tose*). Perdón, esta tosecita vendrá a darte la razón.

EDWARDS.—David, eso no es una tosecita y tú has adelgazado visiblemente en los últimos meses.

BRAINERD.—Quizá he viajado demasiado...

EDWARDS.—¡Pero debes cuidarte! ¡Te debes al Señor y a nosotros!

TAUTAMY.—Perdón, señor, pero me alegro que usted lo diga. Yo también se lo he dicho muchas veces al señor Brainerd, pero él no me hace caso...

BRAINERD.—(*risueño*). Me parece que el discípulo enseña al maestro...

TAUTAMY.—La verdad, señor Edwards, es que yo creo que el señor Brainerd está enfermándose mucho...

BRAINERD.—Hablemos de otra cosa...

TAUTAMY.—...y él no quiere detenerse para nada en el trabajo. Insiste en que tiene una misión urgente que cumplir...

BRAINERD.—(*algo nervioso*). ¡Y no te parece que es urgente llevar el mensaje de salvación a tu pueblo!

EDWARDS.—No te enojés, David, él no ha querido decir eso.

BRAINERD.—Perdón, soy un pecador incorregible y mi carácter me domina a veces. Pero he oído a tantos que no sienten la urgencia de llevar la Palabra de Dios a los paganos que esas cosas suelen hacerme irritar. (*vuelve a toser*).

INDIA.—Yo digo lo mismo que mi esposo. Hace poco tuve varias horas repitiéndole al señor Brainerd que se cuide un poco pero no me hizo caso.

BRAINERD.—(*a Edwards*). Puede estar seguro que cuando ella insiste, insiste de veras...

INDIA.—Juzgue usted, señor. Esa vez que yo digo —que es una de tantas— se fué con mi esposo y otros indios al otro lado de la montaña, aunque se sentía muy débil y había toseído toda la noche. Yo sabía cómo iban a volver y se lo advertí...

BRAINERD.—Fué realmente un viaje duro, pero el Señor lo bendijo...

TAUTAMY.—Ocurrió que al volver nos sorprendió una tormenta y además el caballo del señor Brainerd se lastimó y él no permitió que le diéramos uno de los nuestros. Tuvo que hacer varias horas a pie y luego dormir en el bosque bajo la lluvia envuelto en una manta...

INDIA.—Y al día siguiente, cuando llegó, tenía fiebre muy alta y tosía como nunca.

BRAINERD.—No se enojen, pero prefiero cambiar de tema. Mientras no haya quien ocupe mi lugar o al menos quien me ayude, no puedo dejar mi tarea. Dios me indica que es una tarea muy, muy urgente y no quiero perder un solo día. El me demuestra que tengo razón dándome frutos cada día más grandes. Aquí tiene usted (*a Edwards*) los primeros que él me ha concedido...

EDWARDS.—¿De modo que son ustedes los primeros de su raza que se agregaron a las huestes de Cristo?

TAUTAMY.—Gracias a Dios es así.

BRAINERD.—Ahora él es una ayuda tan grande que diariamente doy gracias al Señor por sus servicios.

TAUTAMY.—Dios ha sido muy misericordioso conmigo. Como muchos de mi gente he sido adorador de falsos espíritus y desdichadamente también fui un borracho...

BRAINERD.—Aunque ya no bebías cuando te tomé a mi servicio...

TAUTAMY.—No, es verdad; el ejemplo de algunos me había librado, aunque no del todo de la bebida, pero puedo asegurarle, señor Brainerd, que yo no era salvo y que cuando traducía los mensajes del señor Brainerd, no sabía poner espíritu verdaderamente...

Brainerd se inclina bajo un acceso de tos; los tres se paran y van hacia él; Edwards le toma un brazo y mira al intérprete y a la esposa que le devuelven la mirada como diciendo: "Yo se lo dije"; después de un momento jadeando, Brainerd se incorpora y dice:

BRAINERD.—Ya pasó. Por suerte cuando esto ocurre, el efecto se va pronto; es por el largo camino. Sigue contando tu historia al señor Edwards...

TAUTAMY.—Pero, señor...

BRAINERD.—No hablemos de mí que soy sólo un humilde sirvo; hablemos de la obra del Espíritu que siempre es lo más importante.

TAUTAMY.—Un día comencé a sentir angustia por mi alma; me veía perdido y pasaba ratos en verdadera agonía...

BRAINERD.—¡Y pensar que yo dudaba de si era sincero!

TAUTAMY.—Lo era de veras, señor Edwards. Me parecía como si hubiera una montaña entre mí y Dios y todos mis esfuerzos por vencerla eran inútiles. Hasta que un día, el Señor tuvo piedad de mí y me mostró que yo no debía luchar más; que sólo debía entregarme a El y que El haría el resto y fué así.

BRAINERD.—¡Y el cambio se veía en todo! ¡Qué diferencia su traducción luego de su entrega a Cristo! Usted sabe, amigo Edwards, cómo el Espíritu se apodera de nosotros a veces más intensamente durante el mensaje. Bueno, siempre ha ocurrido que cuando Dios derrama su Espíritu sobre mí, él también lo recibe y lo que es más grandioso, se derrama también sobre los oyentes...

Entra Jerusha

JERUSHA.—Perdón, papá. Me da vergüenza decirlo, pero su libro le hizo olvidar que había que cortar leña...

EDWARDS.—¡Vaya, hija mía, las cosas que se descubren! (*levantándose*). Si ustedes me disculpan voy para cumplir mi misión...

TAUTAMY.—(*levantándose*). De ningún modo, señor, ése es trabajo para mí. ¿Dónde está la leña, señorita?

EDWARDS.—Bien, gracias, amigo mío; así podré hablar un poco más con David. (*a la india*). ¿No quieres ir a ayudar a Jerusha a la cocina?

JERUSHA.—No necesito, papá...

EDWARDS.—No importa, ella estará más cómoda contigo...

JERUSHA.—Bien, como tú quieras (*al intérprete*). ¿Quiere que le muestre?

Salen Jerusha, Tautamy y su esposa. Cuando se han ido, Edwards mira fijamente a Brainerd y le dice:

EDWARDS.—David, debemos hablar seriamente. Tú no puedes seguir así.

BRAINERD.—No necesita decirme lo a mí, pero créame que no hay otro remedio. No puedo dejar solos a mis indios.

EDWARDS.—Pero descansa unos meses, vente a casa si quieres, acepta uno de los pastorados que te han ofrecido y no te verás obligado a viajar tanto a caballo y a pie. ¡Pero haz algo!

BRAINERD.—No. Edwards, no trate usted de convencerme que es inútil. Yo no dejaré mi trabajo. Ya lo he dicho muchas veces: cuando Dios me mandó a trabajar entre los salvajes me mostró la urgencia de esa misión y yo no puedo, créame usted, no puedo abandonarla...

Mientras habla cae el

T E L O N

ACTO TERCERO

La escena en la choza de Brainerd entre los indios. Aspecto sumamente pobre. En un rincón unas mantas en el suelo remedian una cama. Hacia el otro lado, una mesita rústica y una silla de paja. Sobre la mesa una Biblia grande y un gran cuaderno donde Brainerd lleva sus memorias.

Es de noche y la escena está semi-oscurecida. La única luz es la de una lámpara de aceite sobre la mesita y el resplandor de una fogata que entre por una ventana en el panel del fondo. En caso de resultar demasiado pobre, agréguese alguna luz opaca en forma indirecta. Fuera de la escena se oye a los indios golpeando el tambor y divirtiéndose en un lugar no muy lejano; este ruido debe servir de fondo en la primera parte del acto e irse apagando en forma de resultar insensible a los espectadores y no debe ser tan fuerte que distraiga la atención de la escena.

Al levantarse el telón, Brainerd está de rodillas, con los brazos apoyados en el asiento de la silla, dispuesta en forma tal que no le oculte. Debe darse la impresión de que ha estado largo tiempo en oración. Su estado físico está desmejorado y tose de vez en cuando. No comienza a hablar sino después de un momento y hace pausas entre frase y frase, interrumpiéndose a veces para toser.

BRAINERD.—(con fervor). ¡Señor, dame más poder! ¡Qué pobre instrumento soy, oh Dios! ¿Oyes tú a los indios? ¡Esos cantos me parten el alma! Satanás los tiene aferrados y no quiere soltarlos... Tú sabes, mi Dios, cómo les he predicado día tras día, pero aquí no veo la obra que tu Espíritu ha hecho en otros lugares. ¿Por qué, Señor, por qué?... Mi vida es tan pobre que no sé cómo me atrevo a pedirte bendiciones sobre mi obra. Pero te lo pido por ellos, Señor. Libralos del vicio y del mal y trae un siervo más poderoso que yo... Mi cuerpo está débil y la debilidad de la carne es una tentación terrible. ¡Oh Dios, ten piedad de estos indios! ¡Ten piedad de la obra entre ellos! (le sobreviene un acceso de tos)... ¡Señor, mis pulmones! Dame fuerzas, Señor, que ni siquiera puedo estar ya en oración ante tí como lo estuve antes. Bendice a los indios, Señor, bendíceles... (Pausa larga). En el nombre de nuestro Salvador te lo imploro, amén.

Queda un momento de rodillas y luego se levanta lentamente y se sienta con debilidad. Después de unos instantes abre el libro como disponiéndose a escribir. Toma la pluma pero antes de usarla, escucha afuera. Se levanta y se dirige a la puerta, mirando hacia el exterior.

BRAINERD.—Hola, Tautamy, ¿qué te trae por aquí a estas horas?

Entra Tautamy

TAUTAMY.—¡Dios está obrando, señor Brainerd! Varios indios quieren venir aquí y creo que lo harán dentro de unos momentos. ¡La convicción de pecado se ha apoderado de ellos!

BRAINERD.—Entra, entra, cuéntame bien.

Brainerd se sienta en la silla y Tautamy se ubica en las mantas en el suelo a una señal de aquél.

TAUTAMY.—Una joven que llegó aquí esta tarde está llorando en su choza y me dijo que no se atrevía a venir, pero yo la insté a que lo hiciera...

BRAINERD.—Sí, sé de quien hablas. Ella me encontró hoy y se burló de mis palabras. Creo que antes ni siquiera ha oído hablar del alma o de la eternidad. Pero mientras les hablaba ví que la obra del Espíritu se operaba en ella.

TAUTAMY.—Hoy tuvimos sólo unas cincuenta personas escuchando pero creo que ninguna se retiró sin ser afectada...

BRAINERD.—¡Pero aquí hay como trescientos, Tautamy! ¡Y están dados al pecado! ¿Has oído sus tambores y bailes? Te aseguro que mi alma está en agonía por ellos.

TAUTAMY.—Pero el triunfo será nuestro, señor Brainerd. Lo verá cuando vengan los indios que hablaron conmigo. Por suerte, ahora usted puede hablarles directamente en su idioma.

BRAINERD.—Quedé impresionado también al ver las lágrimas en los ojos de un buen viejito que estaba sentado delante de todos...

TAUTAMY.—Yo también le ví...

Alguien golpea las manos afuera

BRAINERD.—Deben ser ellos. Fíjate, ¿quieres?

Tautamy se levanta y se asoma

TAUTAMY.—Sí, señor, son algunos de ellos...

BRAINERD.—Hazlos pasar, pronto.

TAUTAMY.—El señor Brainerd dice que pasen, que quiere verlos.

Mientras Brainerd se levanta de la silla, entran cuatro indios. Son dos hombres, uno de ellos muy anciano y encorvado y el otro con muchos adornos, inclusive unos cuernos de búfalo en la cabeza y con el cabello muy revuelto. Le siguen dos mujeres, una jovencita bien arreglada y una mujer con expresión de marcada depresión.

BRAINERD.—Adelante, amigos...

Los indios se detienen indecisos al entrar a escena. Da la impresión de una situación embarazosa y que ninguno de ellos quiere hablar.

BRAINERD.—Vamos a ver, es mejor que nos sentemos.

Brainerd vuelve a ocupar su silla y mientras Tautamy se sienta en las mantas los indios hacen un semicírculo sentados en el suelo alrededor del misionero. Se miran entre sí y al fin el de los cuernos, que es el brujo del pueblo, se dirige al anciano.

BRUJO.—Comienza tú, que eres el más viejo...

ANCIANO.—Bien, bien. Señor, hemos venido a verte para hablar de lo que nos dijiste esta tarde. Nuestro corazón está angustiado por nuestro pecado...

INDIA ADULTA.—Ayúdanos, señor, ayúdanos que si no, creo que me enloquezco.

BRAINERD.—Cristo puede ayudarles en todas las circunstancias. Hablen ustedes con confianza y franqueza y El tendrá compasión.

ANCIANO.—Cada uno aquí tiene un problema distinto, pero todos entendemos que nos toca algo de ese terrible castigo por el pecado que explicaste esta tarde.

BRUJO.—¡Mi alma merece la muerte, la muerte!

ANCIANO.—Yo he tenido una vida larga, señor, pero sólo una vida de males. He sido borracho y asesino; he matado tres hombres cuando mis fuerzas me lo permitieron. Y nunca sentí que me doliera el corazón, pero esta tarde, ah, esta tarde creí que me partían por el medio...

BRUJO.—Nadie es más pecador que yo. Yo soy el brujo del pueblo. Yo los incité a adorar los espíritus y yo compré a

los blancos el aguardiente con que ahora se están emborrachando. Esta tarde me pareció que podía oír tranquilo, pero luego cuando les vi en plena fiesta me dí cuenta que Dios me miraba y no sé cómo no cayó un rayo sobre mí y me mató en seguida.

La jovencita que ha estado sollozando con la cara entre las manos, se levanta un poco y se deja caer de rodillas delante de Brainerd.

JOVENCITA.—Dímelo, señor, dímelo en seguida. ¿Habrás perdón para mí? Soy muy joven, pero he pecado mucho. Hoy mismo me burlé de ti, pero tú me viste llorar cuando nos hablabas. Tú hablaste de un Cristo de amor, pero yo sólo siento dolor y angustia...

BRAINERD.—(*poniéndole la mano en el hombro*). Tranquilízate, muchacha. El Cristo de amor es el que te ha puesto esa angustia en el corazón. El dolor por el pecado es una prueba de que Dios está obrando en tu corazón... (*ella no se mueve*). Vamos, siéntate bien (*le ayuda un poco y ella obedece, pero a Brainerd le acomete un breve acceso de tos*).

INDIA ADULTA.—¡No, señor, no te enfermes! ¡Yo también te necesito, porque nadie hay más mala que yo! Yo no soy vieja y sin embargo mi vida está manchada de pecados horribles; he llevado una vida de desorden; he dejado a mi marido entre los *delawares* y ahora vivo aquí de manera horrenda. ¿Habrás esperanza para mí?

TAUTAMY.—Dejen ustedes descansar un poco al señor Brainerd y él les hablará del mensaje de salvación. Sí, hay esperanza para todos. Yo he leído en Su vida cómo El cambió a mujeres de vida desordenada, a los sacerdotes de su tiempo y cómo enseñó a nacer de nuevo a un viejo llamado Nicodemo. Nunca debemos perder la esperanza porque Dios es un Dios de amor.

BRAINERD.—Vamos a conversar tranquilamente, amigos, y entonces el Señor tendrá piedad de cada uno. Pero antes pongámonos de rodillas para elevar una oración.

Todos se arrodillan, inclusive Brainerd que queda más incorporado que los demás para que su figura resalte; apenas empieza a orar cae el telón.

BRAINERD.—Nuestro Dios y nuestro Padre de amor, te damos gracias por tu infinita misericordia y te pedimos que nos oigas esta noche aquí y que en el corto tiempo que nos das podamos cumplir la urgente tarea de llevar el mensaje de salvación a estas almas doloridas.

Mientras, una música tapa su voz y cae el

TELÓN

ACTO CUARTO

La escena en una habitación interior de la casa de los Edwards. Un sillón amplio hacia el lado izquierdo. Delante y junto a él una mesita con una silla. Otras sillas y sillones. Algún cuadro en las paredes. Una ventana al exterior.

Al levantarse el telón, Brainerd está dictando su diario a Jerusha. El está echado en el sillón, envuelto en una manta y en evidente estado de postración. Ella, sentada junto a la mesita, escribe. Mientras se levanta el telón se oye la voz de Brainerd dictando.

BRAINERD.—(*con lentitud y dificultad*). “Anhele estar con El para poder gozar de Su gloria. Me siento dulcemente dispuesto a entregar todo a El, aún a mis seres más amados, a mi muy amado rebaño, a mi hermano ausente y a todo lo que interesa en el tiempo y la eternidad. ¡Oh, que Su Reino venga a este mundo! ¡Que todos puedan amarle y glorificarle, por lo que El es en Sí mismo, y que el bendito Redentor “vea el trabajo de su alma y sea saciado”! ¡Oh, ven Señor Jesús, ven pronto! Amén.” (*a Jerusha*). Descansa un poco, Jerusha...

JERUSHA.—Tú eres el que necesitas descansar. Ya hemos escrito bastante por hoy. Pero yo estoy muy contenta de poder ayudarte en esto porque me siento segura de que tu diario será de enorme bendición en el futuro...

BRAINERD.—No digas eso; no hablemos de cosas tan pobres cuando yo estoy tan cerca de la eternidad. ¿Te das cuenta que me estoy yendo?

JERUSHA.—Sólo Dios lo sabe.

BRAINERD.—Dime una cosa, querida Jerusha, ¿estás dispuesta a separarte de mí? Yo ya estoy resignado a separarme de ti, de todos mis amigos, de mi querido hermano Juan que seguirá mi obra, aunque le amo tanto... ¿No ha venido todavía? ¡No quiero morir sin encargarle mi misión a los indios! Si no pensara que volveré a verte y que seré feliz contigo en otra vida, no estaría dispuesto a separarme de ti, pero yo sé que tendremos una eternidad entera para gozar juntos... (*calla, evidentemente fatigado*).

JERUSHA.—No hables tanto, David, que te hace mal...

BRAINERD.—No, déjame hablarte que pronto no lo haré más. ¡Me siento tan feliz hablando contigo de estas cosas! Pero, ¿por qué no llega mi hermano? ¡Me alegra tanto que él seguirá con mi obra! Así puedo morir tranquilo, porque mi misión no caerá en el vacío. ¿Te das cuenta qué felicidad? Pero, dime, ¿vendrá realmente?

JERUSHA.—Nos ha hecho saber que sí y no me explico por qué tarda tanto. Hace un par de días que le esperamos y...

Entra Edwards

EDWARDS.—¿Cómo va ese pecho, David?

BRAINERD.—Mejor que no hablemos de él. Le preguntaba a Jerusha por mi hermano. ¿No sabe usted qué le ocurre?

EDWARDS.—Ya vendrá, no te impacientes que eso te hace mal. Por otra parte, puedes estar seguro que tu obra no se interrumpirá...

Edwards acerca una silla y se sienta

BRAINERD.—Eso es una gloriosa esperanza para mí. No me explico cómo hay quienes pueden dejar esta tierra sin sufrir por las almas que no han ganado para la vida eterna. Gracias a Dios no me voy con las manos vacías...

JERUSHA.—¡Claro que no!

BRAINERD.—¡Pero he hecho tan poco! Dios me ha conce-

dido una vida breve y ni siquiera veré los treinta años, pero he cumplido mi misión...

EDWARDS.—Puedes ir tranquilo delante del Señor...

BRAINERD.—Sí, voy tranquilo porque sé que mi Obra no será abandonada. Ustedes cuidarán de ella, ¿verdad?

JERUSHA.—Te lo hemos dicho mil veces, David...

BRAINERD.—No te enojés, querida; ésa ha sido la única pasión de mi vida. He vivido para predicar el Evangelio a mis indios y no podría dejar la vida feliz como siento ahora sino fuera por esa bendita seguridad.

EDWARDS.—Ya tu hermano lo ha prometido, pero de todos modos nosotros velaremos por ellos. Tu obra ha abierto los ojos a los cristianos sobre la necesidad de predicar a los paganos.

BRAINERD.—¡Gracias a Dios por ello! Ayer me di cuenta cuando hablaba con el pastor Billing. ¡Qué rato agradable pasé hablando con él de las cosas de la Viña del Señor! *(se interrumpe y escucha)* ... ¿No viene alguien? Quizá sea Juan...

Edwards se levanta y va hacia la ventana mientras dice:

EDWARDS.—Yo no he oído, pero puede que me equivoque.

JERUSHA.—Yo tampoco. No hables más, David, que eso te perjudica.

Edwards mira a la ventana y vuelve diciendo:

EDWARDS.—No, no se ve a nadie.

BRAINERD.—¡Juan! ¡Juan! ¿Por qué no llegas? ¿No te das cuenta de la urgencia de seguir esta misión?... ¡Ah, qué cansado me siento! ¡Y cómo me duele el pecho!

JERUSHA.—¡David, David! ¿Te sientes mal? Descansa, por favor; algo habrá detenido a Juan, pero ya llegará...

BRAINERD.—Me alegra tanto que me entiendas, Jerusha. Tú sabes que te quiero, ¿verdad? *(ella asiente con la cabeza, secándose las lágrimas)*. ¡Porque te hablo tan poco de ti! Siem-

pre te estoy hablando de mi obra, de mis indios amados, de mi hermano Juan que los cuidará, del rebaño que Dios me entregó...

JERUSHA.—¡Pero por eso sé que me amas, David! Porque me crees digna de hablarme de lo más sagrado que hay en tu vida, a mí que soy tan joven y tan inexperta...

BRAINERD.—*(interrumpiéndola)*. Ahora oigo de nuevo a alguien que viene...

EDWARDS.—Sí, yo también. ¡Ojalá sea Juan! Un momento. que voy a buscarlo.

Sale rápidamente

BRAINERD.—¿Crees tú que será Juan?

JERUSHA.—No sé, David, no sé. Tienes tanta ansia de que venga que no me animo a pensar otra cosa. Allí viene papá con alguien...

Se levanta para recibirlos. Entran Edwards y Juan Brainerd que se dirige directamente a su hermano. Jerusha se hace discretamente a un lado.

BRAINERD.—¡Juan, hermano mío! ¡Has llegado, por fin! ¡Cuánto temía que no llegaras a tiempo!

JUAN.—Pero aquí estoy, David. ¿Cómo va esa salud?

Edwards acerca una silla a Juan

EDWARDS.—Siéntese usted, Juan.

Juan acerca la silla y al hacerlo se percata de que no ha saludado a Jerusha.

JUAN.—¡Oh, perdóneme usted! No la había saludado.

JERUSHA.—No se aflija usted, David casi no ha pensado sino en usted y en sus indios y ahora que usted ha venido es lógico que sean ustedes dos los que se entiendan...

Juan hace un movimiento con la cabeza y espera que Jerusha se siente; luego lo hace él.

JUAN.—Pues sí, hermano mío, aquí me tienes.

BRAINERD.—¿Qué te ha pasado que tardaste tanto?

JUAN.—Una peste atacó a un grupo de indios en el norte y debí detenerme a ayudarles...

BRAINERD.—¡Pobres mis indios! Pero gracias al Señor que te mandé a tiempo... ¿Irás a predicarles siempre, verdad?

JUAN.—Ya te lo he prometido, David, y cumpliré lo que he dicho delante de Dios...

BRAINERD.—No se imaginan ustedes lo bien que me siento ahora que he visto a mi hermano y he oído otra vez de sus labios esa promesa. Me parece como si me fuera a sanar...

EDWARDS.—(que ha quedado de pie). Dios lo sabe, David, y hay que confiar en él.

BRAINERD.—Pero ya no importa tanto que yo quede o no. Mi obra seguirá (eso es lo más importante); sé que voy a estar con mi amigo Cristo en los cielos y que les encontraré a todos allá. ¿Qué puede importarme la partida?

JERUSHA.—Yo iré pronto a verte, David.

BRAINERD.—No digas eso, Jerusha, irás cuando Dios te llame. (a Juan). ¿Verdad que es gloriosa la obra del Espíritu entre los indios? ¿Verdad que no se puede estar entre ellos sin entusiasmarse?

JUAN.—Nunca lo hubiera creído hasta no verlo. Dios ha obrado maravillas entre ellos.

BRAINERD.—Y las seguirá obrando si tú le eres fiel. No hay mayor gloria que la de servir a Cristo y ver los frutos de ese servicio.

JERUSHA.—¡Y cuántos hemos visto obrando por tu intermedio!

BRAINERD.—Sí, Dios ha sido muy misericordioso y ha usado de un pobre pecador como yo para salvar a muchas almas. ¿Qué hubiera sido de ellas si él no me hubiera mostrado la urgencia de la misión que me encargaba? ¿Si hubiera cuidado más de mi salud física que de su salud eterna? ¡No los descuides nunca, Juan, nunca!

JUAN.—Ya te he dicho, David, que lo he prometido delante de Dios.

BRAINERD.—Perdona, pero me siento otra vez muy flojo y temo que no pueda seguir hablando por un rato y quizá...

JERUSHA.—¡No, David, no!

BRAINERD.—(a Edwards). Quisiera pedirle algo. Elevemos una oración de gratitud a Dios porque El permitirá que la obra continúe. Diríjanos usted, Edwards, por favor. Pida usted por Juan, pida por mis indios, pida porque todos comprendan la urgencia de salir a predicar el Evangelio.

Juan se pone de pie junto a Edwards, que levanta los ojos al cielo. Jerusha se arrodilla junto al sillón, tomando la mano caída de Brainerd y apoyando en ella la cabeza, quedando así quieta de espaldas al público. Brainerd se lleva la otra mano al pecho, en un gesto combinando el dolor y el recogimiento.

EDWARDS.—Dios Nuestro que estás en los cielos. Aquí estamos para poner en tus manos esta misión que encomendaste a tu hijo David y para implorarte por tu siervo Juan que ha de continuarla. Oh, nuestro Dios, te imploramos que...

Mientras Edwards ora, comienza a oírse una música que va aumentando en intensidad hasta que tapa su voz mientras que simultáneamente cae el

TELON

OBSERVACIONES:

1. — HISTORICIDAD: El relato es histórico en líneas generales; los dos últimos actos, especialmente el cuarto, lo son casi al detalle. En todo se ha cuidado muy especialmente el reflejar el espíritu de aquel gran hombre de Dios, aun en su vocabulario. Para ello nos hemos servido de su diario íntimo, cuya lectura recomendamos fervientemente a todos.

En cuanto a los personajes sólo son semi imaginados los que aparecen en el primer acto.

2. — ADAPTABILIDAD: Este drama se presta en especial para ser representado por jóvenes o intermedios mayores. Debe tenerse en cuenta que su fuerza e interés radica, no en la acción, sino en el carácter de los personajes y que por eso se debe buscar a actores capaces de captarlo y representarlo.

3. — POSIBILIDAD DE VARIACIÓN: Llegado el caso podrían suprimirse el primero y el tercer acto; este último es el que ofrece más dificultades de vestimenta y decorado, pero a la vez el que agrega una nota más señaladamente misionera. Posiblemente tales supresiones dificultarán la comprensión del total.

Resultará difícil suprimir personajes; quizá pueda sacarse alguno de los indios o uno de los viajeros del acto I. Lo que es más fácil es transformar a algunas mujeres en hombres, tales como la posadera, la Sra. Bellow y aun, con perdón de la historia, alguna de las indias.

4. — FORMA DE PRESENTACIÓN: Los telones de fondo serán de mucha ayuda, pero no resultan eminentemente necesarios. Más importancia tienen los efectos de luz, especialmente en el acto III.

El final de los actos debe hacerse rápidamente con un telón bien vigilado o apagando las luces en el momento preciso. Este es un detalle de muchísima importancia.

No será bueno agregar personajes supérfluos. Como diji-

mos antes, lo que debe destacarse es el carácter de los personajes y a falta de ello será mala solución agregar mucho movimiento que sólo logrará que se pierda aun más el sentido.

5. — VESTIMENTA: Recurriendo a cualquier diccionario o novela ilustrada, que no faltan sobre esa época, se encontrarán los modelos. En cuanto a los hombres, un gran moño como corbata, negro o azul, es un arreglo simple pero efectivo. Una falda larga y mangas también largas en una blusa amplia servirán a las mujeres. Para los indios, vendrán siempre bien mantas de colores vivos con largos flecos. Será risible que aparezcan indios rubios; en caso de no tenerse otros actores debe tomarse cuidado de taparles la cabeza de alguna manera.



Se terminó de imprimir el 4 de marzo de 1956,
en los Talleres Gráficos MacCorquodale y Cia.,
S. R. L., Tacuarí 743, Bs. Aires, Rep. Argentina.

